

LA VANGUARDIA

DE LOS NIÑOS



QUE LOS
PIDIER
E CELE
LAMAR

¡NUESTROS HERMANITOS DE RUSIA HAN FESTEJADO COMO SE MERECE LA VENIDA DEL AÑO NUEVO. ALLÍ, COMO AQUÍ, TODO SE HACE PENSANDO EN VOSOTROS, QUE SOIS EL PORVENIR Y LA PROMESA DE UN TIEMPO MEJOR. ASÍ ES QUE TODO HAN SIDO JUGUETES, CHUCHERIAS, GOLOSINAS, REPARTIDAS A LA SOMBRA DEL ARBOL DE «AÑO NUEVO» Y BAJO LA SONRISA DEL VENERABLE ANCIANO DE BARBA NEVADA QUE TIENE TANTOS NOMBRES COMO PUEBLOS: MONSIEUR BONHOMME, PERE NOEL, SANTA CLAUS...

Ayuntamiento de Madrid

CHARLA DEL JUEVES

LOS NIÑOS NOS ESCRIBEN

Lectores amigos: Cuando nos dispusimos a realizar nuestro proyecto de dedicar, semanalmente, una parte de LA VANGUARDIA a los pequeños lectores, suponíamos que ello habría de proporcionarnos horas gratas, pues que ninguna amistad puede sernos tan amable como la vuestra. Lo que estábamos lejos de sospechar, pese a nuestro optimismo, era la magnitud del éxito con que íbais a favorecernos.

En efecto: desde hace dos semanas, la dirección de LA VANGUARDIA DE LOS NIÑOS no deja un día de recibir montones de cartas infantiles, unas aplaudiendo nuestra iniciativa, otras alentándonos a proseguirla, muchas, muchísimas, enviándonos dibujos, versos, cuentecillos. Todas las agradecemos vivamente y a todas procuraremos ir contestando, si no particularmente, por-

que ello sería imposible, si desde estas «Charlas» que cada semana os dedicamos. En cuanto a la colaboración recibida - chistes, dibujos, cuentos - no nos será posible publicarla sino muy poco a poco, pues ya sabéis, de fijo, las dificultades que cuesta obtener el papel necesario para un tiraje tan enorme como el de LA VANGUARDIA grande, lo que nos obliga a limitarnos a menos páginas de las que quisiéramos para LA VANGUARDIA chiquita. De todos modos, ya véis que hoy publicamos unos dibujos muy bonitos, enviados por niños lectores. Lo que si os advertimos que no vamos a dar son versos enviados espontáneamente, pues en el deseo de no ofrecerlos sino lo mejor, seleccionaremos únicamente los que los poetas de veras han dedicado a temas de la infancia.

¿Entendido? Vuestras cartas nos traen un gran placer. Como nos causó vivísima satisfacción el entusiasmo con que la enorme multitud de niños que acudió al festival celebrado hace unos días en el Teatro Circo Olympia, acogió el regalo de las VANGUARDIAS DE LOS NIÑOS que allí les fueron ofrecidas. Pues es nuestro deseo que ningún niño deje de conocer nuestro periódico. De conocerlo y de quererlo. Para que sea así, no regatearemos esfuerzo a fin de daros, a cada número, nuevas cosas bonitas. Vuestra

ALICIA



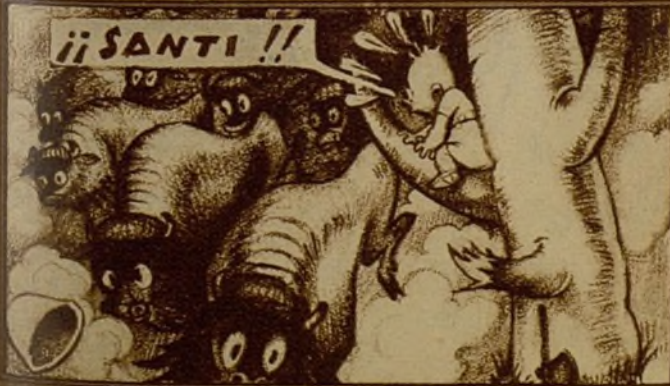
Nana

La señora Luna
le pidió al naranjo
un vestido verde
y un velillo blanco.

La señora Luna
se quiere casar
con un pajarito
de plata y coral.

Duérmete, Natacha,
e irás a la boda,
peinada de moño
y en traje de cola.
Duérmete.

Juana de Ibarborou





CUENTOS DE LOS NIÑOS DE TODOS LOS PAISES



Este no es un cuento inventado, sino que de verdad verdadera, *sucedio una vez*.

Sucedio una vez en Holanda, cerca del mar del Norte, donde el suelo — al revés de lo que ocurre en los demás países — está más bajo que el nivel del mar. Por consiguiente, las olas invadirían la orilla y se adentrarían por pueblos y ciudades, inundándolos, si no hubiese algo que se lo impidiera. Ese *algo* existe, desde luego. Los industrioses holandeses han elevado muros, muros muy altos, muy fuertes y muy gruesos, en todos los lugares expuestos al ímpetu del mar. Estos muros se llaman diques. Si no fuera por ellos, ¡pobre pueblo holandés! Los sembrados, las granjas, las aldeas y pueblos y ciudades, serían arrastradas por las aguas del mar. Y los habitantes del país perecerían, ahogados. Hasta los niños pequeños saben esto, en Holanda, y miran las murallas formadas por los diques, como algo sagrado y familiar.

Pues en ese país, en la ciudad de Haarlem, famosa por la belleza de sus tulipanes, vivían dos niños llamados Hans y Dieting. Hans era el mayor de los dos.

Cierta día, cogidos de la mano, fueron a pasear a lo largo del dique. La tarde era hermosa, no había escuela, y no tenían prisa por regresar a casa. Anduvieron, corrieron, y se alejaron mucho de la ciudad. En el camino que seguían, no había ya casas ni granjas, ni jardines; sólo campos de trigo y flores salvajes. Hans estaba muy fatigado; trepó sobre la muralla del dique, y se sentó en lo alto; su hermano se quedó abajo, cogiendo violetas.

De pronto, Hans oyó a su hermanito gritar:

— ¡Ven, Hans; ven y verás una cosa rara! Un agujerito pequeñito, pequeñito. Y hace como unas burbujas de jabón.

— ¿Un agujero, dices? ¿dónde? — preguntó Hans.

— Aquí mismo, en el muro — replicó el hermanito. Y el agua pasa por él.

— ¿Qué dices? — gritó, asustadísimo, Hans.

el niño héroe de Haarlem Un cuento de Holanda

Resbaló, muro abajo, y se precipitó a mirar.

Si. Era un agujerito. Un diminuto agujerito cerrado por una gota de agua que formaba burbuja.

Hans se llevó las manos a la cabeza, aterrado:

— ¡Un agujero en el dique! — exclamó Hans. — ¿Qué podríamos hacer?

Miró a derecha e izquierda, escrutó cuanto terreno podía abarcar su vista: ni un alma se divisaba en torno, ni en lontananza. Y la ciudad estaba lejos, lejos, lejos...

Angustiado, dándose cuenta del peligro enorme que el pequeño agujero representaba, Hans volvió a examinarlo. Las gotitas lo atravesaban con un ruidito suave: *chop, chop, chop*.

Hans sabía que, de no cerrarse el agujero, el agua lo iría agrandando, agrandando. ¿Qué podría hacer él, un niño al fin, para evitarlo? ¿Correr a la ciudad? Todos los hombres habían partido para la pesca, ¡quién sabe cuánto tardarían en volver! Ya las gotas empezaban a trocarse en un chorrillo de agua que manaba con regularidad; alrededor del agujero se extendía ya, en el muro, una gran mancha de humedad.

La cosa era gravísima. Y urgente. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? De pronto, Hans tuvo una idea. Metió su dedo índice en el agujero. Si; lo taponaba por completo. Y gritó a su hermanito.

— ¡Corre, corre cuanto puedas y avisa a las gentes de la ciudad que hay un agujero en el dique! Diles que yo lo taparé hasta que ellos vengan.

El pequeñín no podía comprender la gravedad del caso, ni la tremenda catástrofe que amenazaba a la ciudad si las aguas vencían al fuerte muro y pasaban al otro lado, pero la angustia de su hermano se le contagió, y echó a correr, a toda la velocidad que sus menudas piernecillas le permitían. Pero era muy chico y la ciudad estaba muy

lejos; tuvo que pararse a descansar, a tomar aliento, más de una vez, y aunque corría, corría, corría, parecía que no iba a llegar nunca.

Hans, en tanto, arrodillado ante el muro del dique, y con el índice tapando siempre el agujero, veía a su hermano alejarse, alejarse — nunca tan deprisa como él hubiese querido — hasta que se convirtió en un puntito en la lejanía... hasta que desapareció del todo, del todo... Entonces, Hans quedó solo, a la parte interior del dique. Al otro lado, le amenazaba el mar inmenso.

Al principio no le pareció difícil su empeño. Sostener un dedo metido en un agujero de un muro, no parece una heroica tarea, ni muchísimo menos. Sin embargo, en aquella ocasión, lo fué. El agua chocaba contra el dedo de Hans, cantando su monotonía y eterno *glú, glú, glú, chop, chop, chop*; de cuando en cuando, una inmensa ola se remontaba, al otro lado del muro, y algunas gotas de su espuma rociaban los cabellos del niño.

Pero esto era lo de menos. Lo de más era que, no ya el dedo, sino la mano toda, empezó a quedarse fría, rígida, helada, insensible. Hans miró hacia la ciudad, a través del largo y blanco camino. Pero aún no se veía nadie, nada. El frío del agua remontó la muñeca de Hans, le subió por el brazo todo, le llegó hasta el hombro. Si; el frío, un frío horrible le invadía ya todo el cuerpo, y, del dedo al codo, parecía



tener muerto el brazo. Sin duda hacía ya largas horas que su hermanillo había echado a correr, y en el camino no aparecía nadie, nadie, nadie...

Hans sentíase angustiado, desamparado, solo. Muertecito de frío y de fatiga, sin quitar el dedo de su sitio, apoyó la cabeza en el muro. Sintió, al otro lado, el bramido del mar, y le pareció que aquella gran voz eterna se dirigía a él, y le decía:

—Yo soy el Océano. Nadie, jamás, ha podido luchar conmigo. ¿Quién eres tú, misero chiquillo, para cerrarme el paso? ¡Aparta y deja franca la vía que me he abierto!

El corazón de Hans latía, latía, golpeando el pecho con tanta fuerza como el agua golpeaba el muro. ¿Es que, acaso, no iban a venir a relevarle jamás, jamás?

El agua, chapoteando en las piedras, repetía:

—¡Pasaré, pasaré, pasaré! Y te ahogaré, si no escapas antes de que yo llegue.

Por un rápido instante, Hans sintió el vivo deseo de retirar el dedo y escapar. Estaba entumecido, yerto. Pero, ¿y si el

agujero se agrandaba, y se rompía el dique? Hans apretó los dientes y hundió el dedo, más adentro. Y contestó al mar:

—¡No escaparé! ¡Y tú no pasarás!

En este momento le pareció escuchar unas voces. Sí; lejos, muy lejos, en el camino, se adivinaba una nube de polvo; luego una masa negra que avanzaba. Era una

los hombres de la ciudad que llegaban cargados de materiales y herramientas. A su cabeza iba el padre de Hans. Llegaban corriendo, y, desde lejos, gritaban al niño: —¡Valor! ¡Ya llegamos! ¡No te muevas, Hans!

Cuando, en efecto, llegaron junto a él, y le vieron aterido de frío y de angustia, pero con el dedo bien apretado entre las piedras, los hombres lanzaron ¡vivas! y ¡hurras! y dijeron que era un verdadero héroe, pues había salvado la ciudad.

En seguida se apresuraron a reparar solidamente el dique, y, cuando el agujero quedó bien tapado y el

agua no pudo pasar más, los hombres tomaron a Hans sobre sus hombros, y lo llevaron a la ciudad en triunfo. Y todavía, hoy, los habitantes de Haarlem, en Holanda, le cuentan al viajero la historia del pequeño héroe que salvó la ciudad. Pues este no es un cuento inventado, como tantos, sino algo que, de veras, sucedió una vez...



adivinanza



Un platito de avellanas,
por el día se recogen
y por la noche se derraman

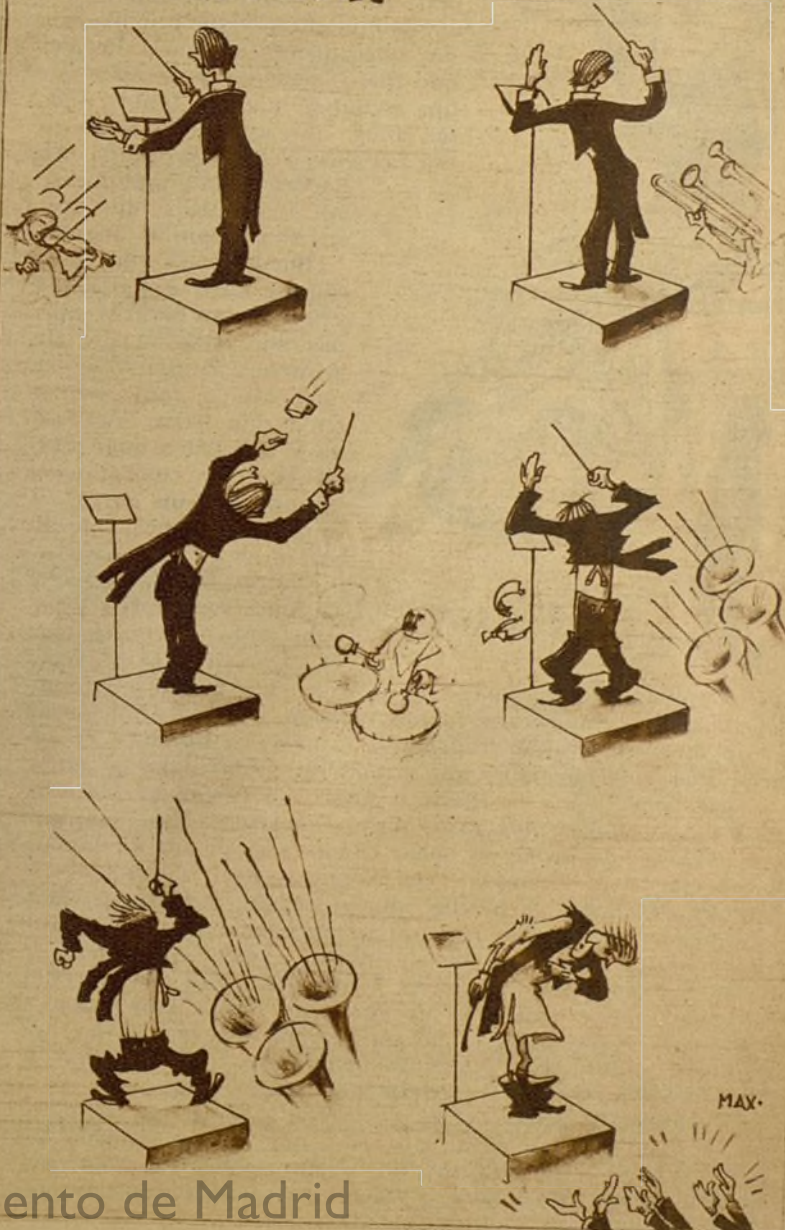
Alto, altero,
gran caballero,
gorro de grana,
capa dorada
y espuela de acero



Alta soy señora,
más que otra ninguna.
Tengo mil castillos
y puerta ninguna



SINFONIA TONTA



Ayuntamiento de Madrid



por MARIA LUZ

I

APARECE CAPIRUCHO, METIDO EN UN CUCURUCHO

Quisiera contaros la historia de Capi rucho y la Niña. (Vale la pena.) Pero no sé si sabré. En fin: allá va...

Capi rucho no nació debajo de una col, como afirma alguna gente que nacen los niños. Ni lo trajo una cigüeña colgado del pico, por la faja, como se ve en algunos prospectos de papillas y fosfatinas. Ni menos llegó muy embalado y empaquetado, envuelto en papeles de seda, atado con cintitas azules y color de rosa, y metido en un cajón de madera con muchos letreros de ¡Fragil! ¡Fragil! ¡Fragil!!!, como es fama que vienen los niños encargados directamente a París. No, no. Nada de esto. Capi rucho nació de manera completamente distinta y fué a parar a la casa más triste, más sosa y más destartada que, en un mal sueño, se pueda soñar.

Era, en una calleja sórdida y angosta, donde únicamente pene traba un piadoso rayito de sol durante tres días de la primavera, una casona grande y fría en la que vivían sólo tres personas: el Solterón, el Ama y la Niña. Por más que el Solterón estaba tan apergaminado y vivía tan distraído, que apenas si puede decirse que fuera persona; y el Ama era tan escuálida y tenía tantos, tantos años, que apenas si tampoco era persona; y la Niña estaba tan flacucha, tan paliducha, tan delicaducha, que apenas si a personilla llegaba.



EL AMA

Bueno. Pues allí, en la enorme Casa destartada y fría vivían los tres, apenas sin verse y casi sin mirarse. El Solterón era muy alto y muy seco y tenía una nariz muy larga y una calva muy reluciente, que cubría, para dormir, con un gorro, de lana en invierno, y de algodón en verano. A veces, al levantarse, se olvidaba de quitarse el gorro, y pasaba, cubierto con él, todo el santo día. Otras veces no se lo quitaba porque tenía frío; esto era en invierno, y la Niña sospechaba que entonces se ponía también, cuando estaba sola, una fundita de lana para abrigarse la nariz al hundirla en los libros. Pues hay que saber que el Solterón se las daba de sabio, y se pasaba el día y la noche leyendo, sin pestañear, unos libros muy grandes, muy raros y muy aburridos. Era tío-abuelo de la Niña y, de joven, se había enamorado de una linda muchacha que le dio calabazas, con lo que se llevó el gran desengaño. De esto hacía ya mucho, mucho tiempo; el Solterón había olvidado por completo la cara de la muchacha, pero no su fracaso amoroso, y, a causa de él, odiaba a todas las mujeres, a las que llamaba viboras, hienas y otras lindezas por el estilo. En el fondo de su corazón — un fondo que estaba muy hondo — quería a la Niña, pero, al pensar que un día podría ser una mujercita, sentía repugnancia invencible, y evitaba ocuparse de ella, y hasta mirarla o dirigirla la palabra.

El Ama había sido nodriza del Solterón. Era, por lo tanto, más vieja que él: tan vieja, tan vieja, que, de tener buena memoria, hubiese recordado, de fijo, a Matusalem. Pero no tenía memoria, ni buena ni mala. Ni casi vista, pues para el trabajo más burdo tenía que ponerse, montadas en la nariz, unas gafas.

Ni oído tenía tampoco, pues estaba sorda como una tapia. El Ama si quería a la Niña, pero, como ella había dejado de ser niña hacía tanto, tanto, tanto tiempo, no podía entenderla. Y creía hacer su felicidad teniendo siempre muy calladita, muy quietecita, muy encerradita. Por toda distracción le daba la malla, los bolillos o el frivolidé. Y, por todo horizonte, el libro de rezos.



EL SOLTERÓN

La Niña — que es la que nos importa — hubiera sido una niña como las demás, si hubiese hecho la vida de las demás niñas. Pero no la hacía. No iba nunca al cine, ni al teatro, ni de excursión, ni conocía el mar, ni el campo, ni tenía amiguillas. Tampoco compañeras de estudio, pues no iba a la escuela. Y en la Casa no había juguetes, ni libros de cuentos con bellas estampas, ni otra cosa que ver que los libritos del Solterón, pesadotes por dentro y por fuera, y escritos, para mayor claridad, en latín y griego. Tampoco había en la Casa un perro fiel que acompañara a la Niña con fiestas y alborozos, ni un canario que alegrase la mañana con sus trinos. No hay ni que decir que en una casa semejante, la Niña se aburría.

Cuando tuvo edad suficiente para darse cuenta de su aburrimiento, pensó que lo que a ella le hacía falta era un hermanito. La chica de la portera tenía uno y, aunque a veces se arañaban y se mordían, no parecían aburrirse nunca. La Niña le fué con su pretensión al Ama.

—¿Por qué no tengo yo siquiera un hermanito? El tío o usted deberían traerme un hermanito.

Ya hemos dicho que el Ama era sorda como una tapia. Se llevó la mano abierta al oído:

—¿Quéé?

—¿Que yo necesito un hermanito!

El Ama abrió una oreja de a palmo.

—¿Queéé?

—¡...un hermanitooo!

El Ama se santiguó media docena de veces.

(Continuará)



EL CO
LO
Y
Prom
mero, a
que ded
VANGUA
blicar la
Este esp
frecuente
cumplir
En ca
artista.
ese graci
once año
queña ev
presiones
huerta va
composic
simetría
de los fr
LA GRA



EL CORRO, por Angelita Mediero

LOS NIÑOS Y EL ARTE

Prometimos, en nuestro primer número, a nuestros pequeños lectores, que dedicaríamos algún espacio de LA VANGUARDIA DE LOS NIÑOS a publicar las cosas que ellos nos enviaran. Este espacio no puede ser mucho, ni frecuente... pero ya empezamos a cumplir nuestra palabra.

En casi cada niño hay un pequeño artista. Ved, como ejemplo de ello, ese gracioso dibujo en que la niña de once años Carmen González, una pequeña evacuada de Madrid, fija las impresiones recibidas al atravesar la fértil huerta valenciana. La gentileza de la composición, en que no falta detalle, la simetría de las plantaciones, la gracia de los frutos que penden de los árbo-



GORKI, EL SOLDADO DE PLOMO, por Santi



LA GRANJA Y EL NIDO, por Carmen González



AL PASAR POR LA HUERTA DE VALENCIA, por Carmen González

les, el aplomo de hombre bien pegado a la tierra, del campesino que saluda al tren, muestran, al mismo tiempo que una fina sensibilidad y un agudo espíritu de observación, un admirable sentido decorativo.

En otros dibujos, el encanto reside en la manera ingenua de ver las cosas que tienen los niños, y en el modo primitivo de expresarlas, que, en cierto modo, enlaza el arte infantil con el de los grandes maestros de épocas muy pretéritas, arte imperfecto de técnica, pero maravilloso de fuerza expresiva, de vigor y sinceridad.

LOS NIÑOS SE DIVIERTEN...

AÑO NUEVO EN RUSIA

En todas las latitudes, estos días en que el año comienza, tienen una palpitación de alegría infantil. Quizás porque el año es niño ahora, es esta la hora de los niños. Se les festeja, se les regala, se inventan para ellos — para vosotros — encantadores juguetes y deliciosas chucherías.

En Rusia, el país lejano en el mapa, pero cercano por la simpatía que le une a la España republicana, se celebra también, con el mayor entusiasmo, la amable y dulce tradición. Muchos miles



COMO
VOSOTROS,
TAMBIEN
ESTA MU-
CHACHITA
RECIBIO
BELLOS
PRESENTES
ESTOS
DIAS

ESTA MUCHACHITA RUSA DA, SONRIENTE, LOS ULTIMOS
TOQUES A UN JUGUETE QUE LUEGO HA DE SER DELICIA DE
VUESTROS HERMANITOS DE LA U.R.S.S.



CHUCHERIAS, ALEGRIA DE CHICOS Y GRANDES EN TODAS LAS LATITUDES Y EN TODOS LOS
MERIDIANOS, PARA ADORNAR LOS ARBOLES DE AÑO NUEVO.

de manos trabajadoras laboran días y días para confeccionar todas esas cosas brillantes y graciosas que son como cachitos de ilusión colgados de los árboles de Navidad y de Año Nuevo. Y el barbudo papá Noel, llega a todas las casas portador de su anual carga de cosas deseadas. En los escaparates, los juguetes tentadores se ofrecen a las miradas de los niños que eligen, entre ellos, los que más cautivan su atención. Y luego, en torno al árbol, cargado de luces y de obsequios, vendrá la fiesta de la Noche Vieja, con bailes y canciones, que auguren al Año Nuevo una entrada gozosa...

Viejas y amables tradiciones, fiestas de hogar y de infancia, que cada país celebra a su manera, pero con una coincidencia de amor, ternura y buena voluntad.

Ayuntamiento de Madrid